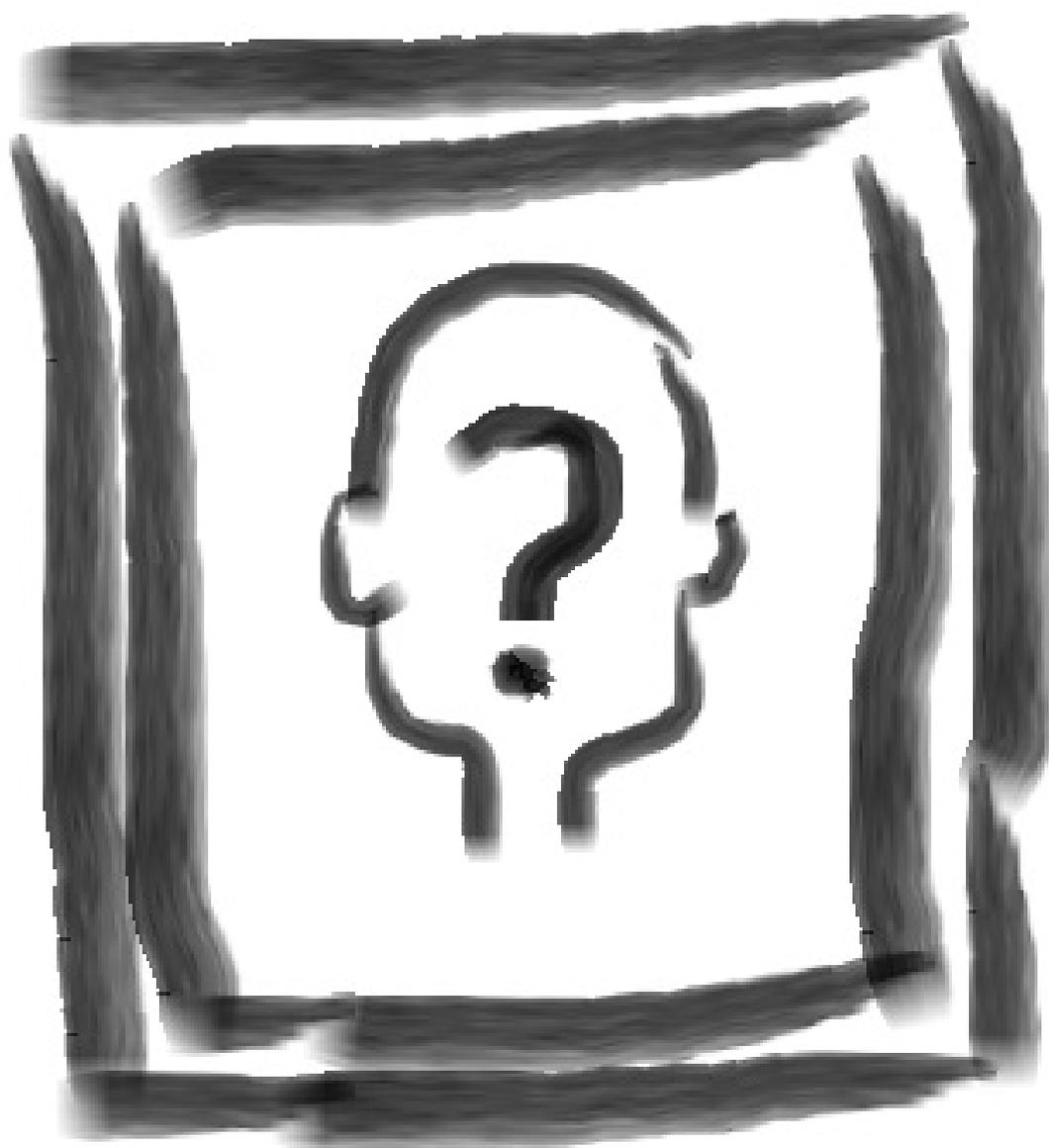


Recuerdo pasajero

A. Glez



Capítulo 1

Las tres de la tarde. Salí de la oficina, era mi receso para comer. ¿Iría a casa, comería algo y luego descansaría un poco antes de que diera la hora de regresar al trabajo? Lo hacía usualmente, pero no ese día. Decidí buscar un lugar dónde pasar el rato, comer algo y entretenerme con algún libro que trajera conmigo ese día.

Un café y un sandwich no fallarían. Siempre acompañan bien a una lectura que no envuelve motivo preciso ni prisa. Tenía tiempo, poco más de dos horas antes de volver al martirio de la rutina laboral.

Estacioné mi vehículo fuera del café que frecuentaba en aquel tiempo. El lugar nada tenía de especial. Era amplio, luminoso y callado antes que el atardecer comenzará a ceder su paso a la noche. Entonces, empezaba a hacerse presente el bullicio. No necesitaba más. La hora exacta se encontró con los atributos más deseados de aquel sitio justo en ese momento de mi llegada.

Buscaba debajo de los asientos de mi carro por un libro, el que fuera, poco me importaba cuál sería el elegido aquel día. Sabía que debía tener al menos uno, o tal vez dos o más, ahí apretujados haciéndose forzosa compañía Austen y Sade. Una novela clásica o alguna compilación de cuentos y relatos. Podía ser cualquiera.

Lo encontré al fin. Un libro que parecía perfecto para el momento. Poco menos de cien páginas prometían una lectura entretenida, pero lo más atractivo, podría concluirlo.

El inicio de un nuevo libro me resulta un reto. Oración tras oración se vuelve un párrafo. Un párrafo se vuelve una página. Luego, vuelta a vuelta de página el primer capítulo se ha ido y yo sin recordar el nombre del protagonista. ¿Es que ya lo han mencionado?, me cuestiono. Me regreso, ojeo rápido sin mayor detenimiento, no veo ningún nombre... Espera, ¡aquí está!, me digo. Prosigo con el siguiente capítulo. Más nombres aparecen, intento recordar quién es quién. A la segunda página del tercer capítulo he avanzado ya. Todos los personajes son el mismo. Todos los párrafos son los mismos.

No me he concentrado en nada más que en tratar de no perder la concentración. Mi mente se divierte en la ironía. La historia ha quedado entre las páginas esperando a que yo le llevé a mi cabeza. Mi imaginación le ignora e intenta enmendar su falta iniciando la lectura nuevamente. Primer capítulo, empecemos otra vez, prometo ya no distraerme, pienso sin remedio pero sin perder la esperanza.

No recuerdo el autor ni el título del libro que elegí esa tarde. Lo había comprado un par de días antes. La sinópsis al reverso debió parecerme prometedora para un rato de entretenimiento.

Entré al lugar con mi bolso colgando del hombro izquierdo, y el libro lo coloqué dentro. Era una tarde de verano. Vestía falda y una blusa ligera, un poco olgada. Había cambiado las zapatillas de tacón por unas sandalias más cómodas que acostumbraba a traer en el maletero de mi carro.

Me sentía con un ánimo poco habitual: optimista. Pedí un café con leche, sin azúcar y un sandwich de jamón con queso. Nada más sofisticado de lo que te puedan servir en un sitio de café. Era perfecto para mí. Nunca he sido aficionada a lo pretencioso. El momento, menos lo requería así. Algo simple y bastante apetitoso si se tiene a penas algo de hambre sería apropiado.

Busqué un espacio dónde acomodarme. ¿Cuál mesa sería la mejor ubicada para sentarme a comer y leer un poco? Una rodeada de mesas desocupadas, sin gente sentada alrededor. Esa debía ser. Pero como me sentía optimista, enfocarme en la lectura no era mi prioridad. No me importó más leer y sabía que concentrarme en la lectura iba a ser imposible tratándose de un libro nuevo para mí.

Por una vez, mejor sería si pudiera entablar una conversación banal con algún extraño. Intentaba forzarme a ignorar mi timidez sin olvidarme de mis limitaciones. Socializar no era lo mío. No buscaba hacer amigos, sólo una conversación breve y aburrida estaría bien: ¿Qué hora tienes? ¡Que calor hace hoy! ¿Qué tal? ¿Cómo te va?

Encontré la mesa que buscaba. En medio de dos mesas ocupadas, ahí estaba una vacía esperando por mí. Me acomodé y tomé asiento. A la de mi izquierda se encontraban varios hombres, supuse eran de mediana edad. Parecían estar en una reunión hablando de negocios. A la de mi derecha se encontraba un hombre sin compañía, un joven del que no noté nada en particular. Parecía estar ocupado en su teléfono celular.

Abrí el libro. Primer capítulo, aquí vamos... ¡Oh no!, pensé. Un guión de una obra teatral. Lo que pensé sería una novela corta había resultado ser un guión de alguna obra cómica que no me hacía gracia. Perfecto, ya empieza a irse mi optimismo y todo se siente un poco más normal, pensaba.

Los guiones nunca han sido mis favoritos, aunque he disfrutado uno que otro que he leído. Le daré una oportunidad, tal vez no sea tan malo, y la confusión resulte en algo positivo, después de todo, me decía.

Un párrafo... Dos párrafos... No podía seguir. Y no era que no me pudiera concentrar, esa vez no. A penas un par de párrafos y cada oración

envolvía una palabra soez. No era lo vulgar del lenguaje si no lo inútil que resultaba para expresar la trama lo que me impedía seguir la lectura. Era como si el autor les utilizaba para adornar y terminaban por opacar la historia. No pude continuar.

Recordé que en mi carro estaba esperándome el clásico Conde de Monte Cristo. No fue mi primera elección porque es un tanto extenso y no era lo que buscaba para ese momento. Podía haber bebido mi café y comido y ya. Pero no dejaba de pensar que tenía esa opción. Había un libro con una nueva promesa de no decepcionarme, esperando a unos cuantos metros de distancia. Tan sólo tenía que ir por él y tomarle.

Con aquel pretexto, y con algo de valor que no sé de donde surgió, volteé a mi derecha, hacia dónde el hombre solitario permanecía con su mirada enfocada en su teléfono.

- Disculpa... Eh, hola, ¿Me harías el favor de cuidar las cosas de mi mesa en lo que voy rápido por algo a mi carro?, le pregunté. Volteó su mirada hacia mí y me contestó con un sí al mismo tiempo que asentía con la cabeza y mostraba una sonrisa.

¡Uff! No se me ocurrió nada más qué decir. ¡Qué tonta! ¡Ni si quiera tiene sentido! ¡¿Por qué le pediría algo que exige confianza a un extraño?! ¡Ay!.. ¿qué más da?, me reprochaba al andar. Me apresuré, tomé el clásico de Dumas y regresé.

Mientras me acercaba caminando a mi mesa, al tenerle de frente, noté que el joven alejó su mirada de su teléfono y la fijó en mí. Le agradecí por su gesto al hacerme el favor que le pedí. Un "muchas gracias" seguido de una sonrisa fue lo único que pude decir. Contestó con un "de nada" correspondiéndome la sonrisa.

Me acomodaba en la mesa nuevamente, cuando la incredulidad comenzó por acecharme. Aquel hombre era apuesto. No lo había notado. ¿Cuáles eran las probabilidades de que eso sucediera? No es que los hombres guapos sean escasos, eso no. Hay diferentes y bastos tipos de hombres apuestos cuando una naturalmente se siente atraída hacia ellos. Es inevitable.

La escena completa sí era una rareza para mí. ¿Un hombre sin compañía, tan cerca de mí, intercambiando palabras, aún si sólo era un "gracias" y "de nada"? Además, bien parecido y, no sólo eso, con estilo atractivo. Aparentaba ser del tipo serio, tal vez algo tímido también. Cabello castaño y corto, sin barba, lo que permitía apreciar los rasgos de su rostro varonil. Tez morena. Anteojos discretos. Suéter que dejaba ver el cuello de una camisa abotonada que vestía debajo y pantalones casuales. Complejión a penas robusta. Tenía un aspecto encantador. Y su voz, su voz era gruesa

y masculina.

Ahora sí iba a ser imposible concentrarme en la lectura. Bebía despistados sorbos de mi taza de café más por nervios que por gusto. Buscaba algo en qué ocupar mi mente que no fuera aquel hombre. Los bocados que tomaba del sandwich se volvían insípidos en mi boca.

Comencé a leer. Inútil. Aún si el mismo Edmundo Dantés hubiera cobrado vida, le hubiera ignorado. Con todo y que su carácter orgulloso de juventud es admirable. Sólo pensaba en el hombre sentado a mi derecha. Era bastante guapo. Me había sonreído... ¡A mí! Pensaba cómo hacer para volver a hablarle. Cualquier pretexto sería bueno. Ya lo había hecho, y en cierta forma, resultó. Cualquier cosa estaría bien para decirle. Pero, ¿qué sería?

Fingía seguir leyendo y continuaba dando vuelta a las páginas sin saber de qué iba la trama. Qué podía decirle para iniciar una conversación era en lo único que pensaba. ¿Querría que le hablara otra vez? No lo sabía. Tal vez sólo fue amable, después de todo. Sonrió por gentileza nada más. Pero se sintió más que un detalle de cortesía. Se sintió como una sonrisa de agrado. Serían meras figuraciones mías. Mi interés traicionaba a mi objetividad. No podría saberlo a menos que intentara iniciar una conversación. Tal vez él lo haría, si quisiera. O tal vez no quería, por eso no lo hacía.

Sentí su mirada repentina sobre mí. ¿Qué debía hacer? ¿Corresponder a su mirada con la mía? No, no. Sería muy obvio. ¡Qué mal gusto! Luego, ¿cuál sería el plan? ¿Me quedaría mirándole como una idiota sin decir nada? Tendría que decir algo y no se me ocurría nada. No tenía que ser nada original o creativo, sólo algo que decir. Sería muy incómodo, sabría que esperaba su atención. Mejor lo dejaba así. Pero quería decirle algo, hablarle nuevamente. No quería decir nada que sonara tonto. Pero era una tonta por no decir nada. El tiempo no se detenía, nunca lo hace, lo sé.

Noté que se levantó de su asiento. Ya se iba, ya se iba y yo una cobarde que no le había dicho nada más. Ni modo. Mi timidez no me dejaría hacer de un extraño alguien menos extraño. No era novedad. Toda mi vida acostumbrada a lo mismo. Volverme muda ante gente extraña y ni hablar, valga la redundancia, tratándose de hombres atractivos. Y éste tenía algo que más que atractivo, me resultaba deseable. Su aspecto general no tenía nada especial, y encontraba en ello cierta fascinación.

Tomó una mochila al lado suyo y comenzó a guardar sus objetos dentro. Con gentileza tomó su computadora portátil que estaba sobre la mesa y la cerró colocándola en la mochila. Siguió con el cable cargador, y así, con

ademanes pacientes colocaba cada una de sus pertenencias dentro.

Él seguía de pie todo ese tiempo, como a la espera de algo. Sentía su mirada sobre mí todavía. ¿Esperaba que le dijera algo? ¿Era eso? No lo creía. Pero no podía estar equivocada. Era evidente que su tardanza al guardar sus pertenencias era intencional.

¿Estaría pensando lo mismo que yo? ¿También él querría iniciar una conversación pero no sabía qué decir? ¿Se sentiría nervioso igual que yo? ¿Sería tímido también? ¿Y si fuera eso? Yo ya había tomado el valor para dirigirme a él. Sí, había sido por un motivo tonto, pero le hablé. Si él quería, ¿por qué no me hablaba? Sabía que no me desagradaba, ¿cierto? No voy pidiendo favores tontos a extraños que encuentro desagradables. No soy tan irracional. Tal vez algo tonta, un poco o más, eso sí. Un poco loca, eso también. Pero eso él no lo sabía.

Mientras todas esas ideas absurdas invadían mi pensamiento, yo seguía pretendiendo saber por qué Edmundo de ser marinero se convirtió en prisionero. Ni idea tenía. Pero seguía pasando las páginas una a una.

Irremediable, el destino sería. Tomó su mochila y se la acomodó a la espalda. Me resigné a no oírle más. A no verle otra vez. Comenzó su marcha y detuvo su paso frente a mi mesa.

-Que tenga buen día, señorita, dijo. Y se alejó sin esperar a mi respuesta. Sin duda, tendría un buen día. Atónita me quedé. No estaba tan loca. ¡Sí me quería hablar, él también quería conversar conmigo! ¡¿Por qué no hice nada?! ¡¿Por qué no pude dejar mi timidez para decirle algo?! Tal vez era lo mejor. Un momento de tensión sin resolución.

Eso bastó para conservar mi optimismo ese día. Sonreí el resto de la tarde. Un momento inicial de duda seguido de nervios vueltos esperanza y desenlazados en resignación me eran suficientes para conservar el ánimo.

Me pregunto si él sintió lo que yo. Si él sintió esa emoción que trae consigo la incertidumbre. Si los nervios nublaban su razón. Si disfrutaba aquel momento tanto como yo. Si su memoria le permite recordar de nuestro breve encuentro. Si recuerda que aquello sucedió. Yo sé que lo hago. Es patético, pero fue real antes de ser una memoria más. Ahora es sólo un recuerdo. Uno bueno sin duda. Hasta yo me pregunto si aquel día sucedió.